

en Castilla con su hermano don Dionís despues de la muerte de su padre; no porque hubiese hecho cosa contra su servicio, sino porque recelaba que algunos en Portugal le quisiesen aclamar por rey. Con esto se preparó para hacer su entrada en Portugal, mas celebrado consejo sobre la manera como convendria ejecutarlo, dividiéronse los pareceres, opinando los mas que deberia de ganar antes á los portugueses con politicos y amistosos tratos y por medio de embajadas y conferencias pacíficas, por la via en fin de las negociaciones, y siendo otros de dictámen que deberia mirar los anteriores tratados como hechos contra su honra y derecho, y como no válidos ni obligatorios, en cuya virtud convendria que entrára inmediatamente como rey y con poderoso ejército, y tomar posesion del reino como por sorpresa y antes que los portugueses se aperciesen. Conformábase mas este dictámen con los deseos y con las intenciones del rey, y como al propio tiempo el canciller de la reina, obispo de la Guardia, ciudad portuguesa de la frontera, le asegurára que en esta ciudad seria muy bien acogido, el rey desoyendo toda reflexion contraria á su pensamiento tomó el camino de Portugal y entró en la Guardia, donde fué recibido tan benévolamente como el prelado le ofreciera.

Muchos caballeros é hidalgos portugueses de la comarca presentáronse luego á hacer homenaje al rey de Castilla, pero disgustáronse pronto del carácter un

tanto seco y taciturno de don Juan, acostumbrados como estaban á las familiaridades de don Fernando. Por otra parte el gobernador del castillo de la Guardia no le entregaba al rey, y se mantenía en una actitud sospechosa, bien que don Juan se creyera asegurado con las compañías que le llegaron de Castilla hasta quinientos hombres de armas. Habia don Juan despachado cartas para Lisboa, y en general para todo el reino, recordando los derechos de su esposa doña Beatriz despues de la muerte de su padre. En su virtud el conde de Cintra don Enrique Manuel, tio de los dos reyes el difunto don Fernando de Portugal y don Juan de Castilla, tomó el pendon de las Quinas (el estandarte de las armas portuguesas) y acompañado de algunos oficiales de la casa real recorrió las calles de Lisboa proclamando: *¡Real, Real, Portugal, Portugal, por la reina doña Beatriz!* Pero esta proclamacion fué generalmente recibida con tibieza, porque muchos querian al infante don Juan, hijo de doña Inés de Castro, y hermano natural del último rey, el que quedaba preso en el alcázar de Toledo, puesto que temian por la independenciam del reino si se ponía éste en manos de la esposa del rey de Castilla.

Habia en Lisboa un hombre muy popular, que era el maestre de Avis. Era éste enemigo del conde de Oren, á quien el pueblo tampoco queria bien. Un dia hallándose el conde en el palacio de la reina doña Leonor entró el maestre de Avis con cuarenta hom-

bres armados y asesinó al de Oren junto á la cámara misma de la reina. El obispo de Lisboa don Martin, natural de Zamora, privado del último rey, y tampoco bienquisto del pueblo, tan luego como supo la muerte del conde de Oren, cobró miedo y buscó asilo en la torre de la catedral. Agolpóse allí el pueblo tumultuado, penetró en el asilo del obispo, y sin respeto al carácter sagrado de su persona le dió muerte y le arrojó de la torre. En vista de estas escenas intimidóse la reina doña Leonor, y viendo al maestre de Avis apoderado de la ciudad se salió de Lisboa y se refugió en Santarén. Públicamente decian ya en Lisboa que no querian ni á la reina doña Beatriz, ni al infante don Juan, mientras no tuviese la regencia del reino el maestre de Avis. Informó la reina viuda de todo al rey de Castilla, y envióle á llamar invocando su amparo. Respondiendo don Juan á su llamamiento, pasó de la Guardia á Santarén, donde la reina doña Leonor abdicó en él el derecho á la regencia del reino que tenia con arreglo á los tratados, y acudieron á reconocerle como tal buen número de caballeros, hidalgos y capitanes portugueses, señores de castillos que obedecian como reina á doña Beatriz (1384).

Pero entretanto una gran parte de la poblacion de Lisboa y de otras ciudades del reino proclamaban rey al infante don Juan y regente al maestre de Avis paseando el pendon de las Quinas, con la efigie del infante, que para conmover al pueblo habian pintado

representándole preso en España y cargado de cadenas. Envió el rey algunos de sus capitanes con mil hombres de armas á cercar á Lisboa, y aunque esperaron algun tiempo á que salieran los sitiados á darles batalla, no se atrevieron estos á moverse de la ciudad. Encendíase no obstante, la guerra entre castellanos y portugueses por la parte de Evora. Creyó el rey que se le entregaria Coimbra, y se engañó á pesar de tenerla un hermano y un pariente de la reina doña Leonor. Antes bien como supiese que su primo don Pedro, hijo del antiguo maestre de Santiago, don Fadrique, haciéndole traicion se habia entrado en aquella plaza, y como le informasen de que todo esto era movido por la reina su suegra, de quien supieron algunos que tenia relaciones demasiado estrechas con don Pedro, prendió á doña Leonor, contra el dictámen de algunos de su consejo, y la hizo trasportar á Castilla con buena escolta, y la recluyó en el monasterio de Santa Clara de Tordesillas. Discutióse en consejo si se cercaria Lisboa, ó se haria la guerra por el resto del reino, y prevaleció el primer dictámen, no obstante estar la epidemia haciendo grande estrago en el ejército castellano. Formalizóse, pues, el sitio de Lisboa: una flota castellana desarmaba las naves de Portugal: el reino estaba muy dividido entre los dos partidos: el maestre de Avis propuso un acomodamiento que no fué aceptado; mas la mortandad ocasionada por la peste aumentaba cada

dia á tal punto que en dos meses murieron sobre dos mil hombres de armas, los mejores de Castilla, además de muchos otros de los que componian la hueste, entre ellos el maestre de Santiago, Cabeza de Vaca, el camarero mayor del rey, Fernandez de Velasco, el comendador mayor de Castilla, Ruiz de Sandoval, los mariscales de Castilla, Alvarez de Toledo y Ruiz Sarmiento, el almirante Sanchez de Tovar, don Pedro Nuñez de Lara, conde de Mayorga, y otros muchos ricos-hombres y caballeros de Castilla y de Leon.

Túvose consejo para deliberar lo que en tan funesta situacion deberia hacerse, y se acordó levantar el cerco (3 de setiembre, 1334), y volverse á Castilla hasta que la peste cesase, dejando guarnecidos los castillos y villas que se poseian en aquel reino. Igual medida se tomó con la escuadra. Regresado que hubo don Juan á Sevilla, escribió al rey de Francia, refiriéndole el grande estrago que en su gente habia hecho la epidemia y pidiéndole ayuda, y se dedicó á armar galeras y naves y á aparejar todo lo necesario para reparar las pérdidas y volver á emprender la campaña.

Al comenzar el año 1385 doce galeras y veinte naves castellanas surcaban de Sevilla á Lisboa. En la parte de Santarén habian sido hechos prisioneros en pelea el prior del Hospital y el maestre de la orden de Cristo por el castellano Gomez Sarmiento. El maestre de Avis habia sitiado á Torres Vedras, donde estuvo

á punto de ser víctima de una conjuracion que le habian tramado algunos caballeros originarios de Castilla que tenia en su campo, cuya conspiracion se supuso instigada por el rey de Castilla <sup>(1)</sup>. Alzando luego el maestre el campo de Torres Vedras, entró en Coimbra (3 de marzo), donde habia convocado las córtes del reino. En aquella asamblea un célebre jurisconsulto portugués pronunció un largo discurso para probar que el heredero mas directo de la corona era el maestre de Avis; que habiendo sido ilegítimo el matrimonio de don Fernando con doña Leonor Tellez, ya casada, lo era tambien el nacimiento de doña Beatriz; que los infantes don Juan y don Dionís, prisioneros en Castilla, tampoco eran sino bastardos, no habiéndose casado el rey don Pedro con doña Inés de Castro su madre; y que siendo el maestre de Avis de la sangre de sus reyes, un buen caballero, hombre ilustrado y el mas valeroso del reino, en sus manos debia ponerse el cetro de Portugal <sup>(2)</sup>. Los que defendian el derecho de doña Beatriz y los que estaban por el infante don Juan, alegaron tambien sus razones, mas su voz fué ahogada por las de los numerosos partidarios del de Avis, diputados de las ciudades, que eran mas en número que los no-

(1) Fernan Lopez, portugués, Crónica del rey don Joham de boa memoria.—Ayala pasa hábilmente de largo sobre este hecho, del cual apenas hace una ligerísima indicacion.

(2) El maestre de Avis era hijo del rey don Pedro y de Teresa Lorenzo, que otros llaman doña Teresa la Gallega.

bles en la asamblea, y el maestre de Avis quedó aclamado rey en las córtes de Coimbra (6 de abril, 1385) con el nombre de Juan I. tomando desde luego el título y las insignias reales. Así en pocos años dos bastardos ocuparon los tronos de Castilla y de Portugal, legitimando, por decirlo así, la ilegitimidad ambos pueblos <sup>(1)</sup>.

Mostróse don Juan I. de Portugal desde el principio merecedor de la corona que acababa de recibir, pues merced á su actividad casi todas las plazas de Entre Duero y Miño que estaban por doña Beatriz fueron reconquistadas, y Portugal se vió en actitud de tomar la ofensiva contra Castilla. Uno de sus primeros actos fué reconocer por pontífice á Urbano VI., á quien escribió participándole su eleccion y solicitando de él la competente dispensa por su cualidad de gran maestre de una órden religiosa <sup>(2)</sup>. El rey de Castilla supo estas nuevas cuando se preparaba á hacer otra invasion en Portugal despues de restablecido de una gravísima enfermedad que le habia puesto en peligro muy próximo de muerte. La gente de mar habia ido ya delante, segun hemos dicho. El arzobispo de Toledo don Pedro Tenorio recibió órden de penetrar en aquel reino por la parte de Ciudad-Ro-

(1) Soares de Silva en las Memorias de don Juan I. insertó el acta de la eleccion de Coimbra.

(2) Esta órden de caballería, fundada en Portugal á mediados del siglo XII., á ejemplo y con el

propio objeto que las de Santiago, Alcántara y Calatrava, se denominó de *Avis*, de la ciudad y castiño de este nombre, que Alfonso I. dió á los caballeros para su residencia.

drigo con las banderes del rey, pero adelantáronse algunos caballeros castellanos, que rompiendo por territorio portugués con trescientas lanzas, pagaron caro su atrevimiento siendo completamente derrotados en Tróncoso. El monarca castellano habia pasado á Badajoz, donde se le reunieron sus banderas, con mas algunas compañías que le vinieran de Francia. De allí hizo movimiento á Ciudad-Rodrigo. Debatíose en consejo si se entraria ó no en Portugal, atendido el estado del reino, el prestigio del nuevo monarca, sus recientes triunfos y el auxilio que habia recibido de Inglaterra. Oponíanse muchos; pero el rey se adhirió como siempre á los que opinaban por la invasion. Hízose, pues, la entrada (julio, 1385); rindióse Celoria, pasó el rey por las inmediaciones de Coimbra, cuyo arrabal quemó, y prosiguió camino de Leiria. El maestre de Avis, rey de Portugal, estaba en Tovar; de allí movió su gente á Ponte do Sor, en direccion de Leiria tambien.

Halláronse los dos ejércitos cerca de Aljubarrota, villa abacial á una legua de Alcobaza, en la Extremadura portuguesa. El de Portugal era bastante inferior en número al castellano, que constaba de treinta mil hombres de todas armas, si bien sus principales capitanes habian perecido un año antes de epidemia en el sitio de Lisboa. Favorecian al portugués las posiciones, el hambre y la fatiga del ejército castellano, y la quebrantada salud del rey de Castilla que se ha-

Haba casi postrado é imposibilitado de cabalgar. Aconsejaban á éste los mas prudentes que no diera el combate con tales desventajas y á esto se inclinaba el rey; pero la gente jóven y fogosa espuso que la menor vacilacion de parte de un ejército tan superior en número al del enemigo seria mostrar una vergonzosa cobardía; y con mas valor que reflexion atacaron la hueste portuguesa, la cual los rechazó tambien vigorosamente. Sucedió entonces lo que los hombres experimentados y pensadores habian previsto. La naturaleza del terreno no permitió maniobrar á las dos alas del ejército castellano, y solo el centro y la vanguardia del rey tuvieron que sostener el empuje de los tres cuerpos enemigos. Los portugueses embistieron con admirable brio sembrando la muerte por las filas de Castilla. El rey don Juan, doliente como estaba, era llevado en una litera. Cuando los castellanos vieron que iban en derrota, pusieronle en una mula, y cuando la necesidad los obligó á retirarse precipitadamente dióle su caballo Pedro Gonzalez de Mendoza, su mayordomo, con el cual, enfermo como estaba, huyó del campo, y llegó con mucho trabajo á Santarén, distante once leguas. Allí tomó un barco de guerra, y descendiendo por el Tajo arribó á Lisboa, donde estaba la armada castellana, y con ella se volvió á Sevilla.

Fué la memorable batalla de Aljubarrota el 14 de agosto de 1385. Hácese subir á diez mil la cifra

de los castellanos que en ella perecieron: allí sucumbieron los mejores capitanes y los mas ilustres caballeros de Castilla; don Pedro, hijo del marqués de Villena, el señor de Aguilar y de Castañeda, hijo del conde don Tello, el prior de San Juan, el adelantado mayor, el almirante y los mariscales de Castilla, el portugués don Juan Alfonso Tello, conde de Mayorga y tio de la reina doña Beatriz, con otros muchos próceres é hidalgos castellanos y portugueses. Entre los prisioneros se contaba el ilustre don Pedro Lopez de Ayala, el autor de la Crónica. El maestre de Alcántara Gonzalo Nuñez de Guzman se mantuvo algun tiempo firme con los de á caballo despues de la derrota: á él se reunieron los que pudieron escapar de la matanza, con los cuales se retiró en cierto orden á Santarén, y pasando el Tajo se internó en Castilla. Salváronse otros por cerros y senderos, y algunos se incorporaron al infante don Carlos de Navarra, que con algunas compañías de Aragon, de Bretaña y de Castilla habia entrado en Portugal despues que el rey, y sabiendo en tierra de Lamego el funesto desastre de Aljubarrota dió la vuelta con los fugitivos para el territorio castellano. Afectó tanto al rey don Juan aquella derrota que se vistió él y mandó vestir luto á toda la córte, y en mas de un año no permitió que hubiese diversiones ni espectáculos públicos, ni ningun género de fiestas populares. Los portugueses solemnizan anualmente el triunfo de Aljubarrota, y le ce-

lebran con pomposos y no infundados panegíricos (1).

Ganada la batalla, recobró el nuevo rey de Portugal las plazas que habían tenido los castellanos, y al dar la noticia de su triunfo al duque de Lancaster, le escitaba á que viniese á tomar posesion del reino de Castilla que decia pertenecerle por su muger. Orgulloso y envalentonado con su victoria el antiguo maestre de Avis, mandó á su condestable Nuño Alvarez Pereira que invadiera el pais de Badajoz haciendo cuanto estrago pudiese. Mas faltó poco para que él con toda su gente cayera en poder de los castellanos, y solo por un desesperado esfuerzo pudo volver á entrar en Portugal, despues de haber dejado en Casti-

(1) Froissart en su Crónica, cap. 3., cuenta minuciosamente esta batalla, y refiere pormenores curiosos y lances dramáticos, que el cronista castellano, desgraciado actor en ella, omitió como huyendo de un triste recuerdo. Froissart dice que supo todas aquellas circunstancias de boca de un caballero del consejo del rey de Portugal á quien vió en Flandes, y empleó seis dias en escribir lo que aquel le dictaba. Por consecuencia es muy verosímil que su relacion en algunos puntos no tenga tanto de verídica como de novelesca.

Lo que sabemos de cierto es que luego que el rey llegó á Sevilla escribió cartas á las principales ciudades de sus reinos, participándoles en términos muy tristes el infortunio de Aljubarrota, al propio tiempo que las convocaba para las córtes de Valladolid. He aquí los principales párrafos de estas sentidas cartas: «Don Juan, etc.

»Sabad que lunes catorce dias de este mes de agosto ovimos batalla con aquel traidor que solia ser Maestre de Avis, é con todos los del regno de Portugal que de su parte tenia, é con todos los otros estrangeros, asi ingleses como gascones, que con él estaban: é la batalla fué de esta manera. Ellos se pusieron aquel dia desde la mañana en una plaza fuerte entre dos arroyos de fondo cada uno diez ó doce brazas; é quando nuestra gente allí llegó, vé vieron que non les podian acometer por allí, ovimos todos de rodear para venir á ellos por otra parte que nos pareció ser mas llano: é quando llegamos á aquel lugar era ya hora de visperas, é nuestra gente estaba muy cansada. Entonces los mas de los caballeros que con nosotros estaban, que se avian visto en otras batallas, acordaban que non diese esta en aquel dia, lo uno porque nuestra gente iba fatigada, é lo

lla muchos de los que le acompañaron en su atrevida irrupcion.

De Sevilla pasó don Juan á celebrar córtes en Valladolid. En estas córtes se hizo un ordenamiento prescribiendo y señalando minuciosamente las armas y armaduras que cada ciudadano de veinte á sesenta años, fuese clérigo ó lego, estaba obligado á tener en proporcion á las rentas y haberes de cada uno, asi como el número de caballos que habia de mantener, y la proporcion en que éstos habían de estar con el de las mulas y otras cabalgaduras, concluyendo con varias medidas conducentes al fomento de la cria caballar. Hacíase lo primero con el fin de que todo el

»otro para mirar la gente portuguesa como estaba. Mas toda la otra nuestra gente, con la voluntad que avian de pelear, fuéronse sin nuestro acuerdo allá: é nos fallamos con ellos, aunque con mucha flaqueza, que avia catorce dias que íbamos camino en litera, é por esta causa non podíamos entender ninguna cosa del camino, como complia á nuestro servicio. Despues que los nuestros se vieron frente á frente con ellos, fallaron tres cosas: la una un monte cortado que les daba fasta la cinta; é la segunda, en la frente de su batalla una cabata alta como un ome fasta la garganta; é la tercera que la frente de su escuadron estaba tan cercada por los arroyos que la tenían alrededor, que non avia de frente de trescientas é quarenta á quatrocientas lanzas. Pero aunque esto estaba asi, é los nuestros vieron todas estas dificultades, non dejaron de acometerlos; é por nuestros pecados fuimos vencidos. Nos viendo nuestra gente desbaratada é rota, fuímonos para Santaren, é de allí nos vinimos por mar para nuestra flota, por quanto por nuestra enfermedad non podíamos subir á caballo... E Dios queriendo, entendemos partir de esta cibdad (Sevilla) para Castilla de aqui á cuatro ó cinco dias, por quanto con la ayuda de Dios, é de todos vosotros los de nuestros regnos, de quien creemos que sentireis el mal, deshonra é pérdida que habemos rescibido, entendemos con brevedad aver venganza de esta deshonra, é cobrar lo que nos pertenesce... Concluye convocándolas á córtes en Valladolid para 1.º de octubre, á fin de resolver en ellas lo que cumpla á su servicio.—Cascales en su Hist. de Murcia, Disc. VIII., c. 45, inserta la carta dirigida á aquella ciudad.

mundo estuviera preparado y armado para la guerra, y lo segundo á causa de la disminucion y escasez de caballos que se iba notando. Reprodujéronse algunas leyes hechas en otras córtes relativas á los judíos y á los arrendadores de las rentas, objetos perennes de las quejas, reclamaciones y peticiones de los pueblos; y por último, manifestó el rey las causas por qué llevaba luto, que decia ser mayor el de su corazon que el de sus vestidos, siendo la principal el sentimiento que le causaba la pérdida de tantos y tan buenos caballeros y escuderos como habian muerto en la reciente guerra, y el quebranto y mancilla que acababa de sufrir el reino, y que su voluntad seria no dejar el duelo hasta que la deshonor de Castilla fuese vengada y pudiese aliviarse de pechos á sus súbditos y regir sus reinos en justicia: nobles sentimientos, que honran sobremanera al monarca que los emitia.

Disueltas las córtes de Valladolid en fines de 1385, recorrió el apesarado don Juan las provincias animándolas á reparar el contratiempo de Aljubarrota, cuyo recuerdo le laceraba el corazon. El rey Carlos VI. de Francia, á quien don Juan habia participado el suceso funesto de Portugal y solicitado le amparase en tal conflicto con arreglo á los tratados, le envió dos mil lanzas pagadas, al mando de su tío el duque de Borbon, hermano de la reina doña Blanca, muger de don Pedro de Castilla, y el papa Clemente VII. le dirigió una afectuosa carta procurando con-

solarle de la pérdida de la batalla. Mas los emisarios que el de Portugal habia despachado á Inglaterra hallaron tan buena acogida en la córte de Ricardo II. (sucesor de Eduardo III.), que el parlamento de Lóndres otorgó un servicio de mil quinientas lanzas y otros tantos ballesteros al duque de Lancaster, para que viniera á cobrar el que llamaba él su reino de Castilla (1). Embarcóse, pues, el príncipe inglés en Bristol con esta gente en galeras del rey de Portugal, trayendo consigo á su esposa, á su hija Catalina y á muchas damas y doncellas, que sin duda miraban la empresa de la conquista de Castilla mas como de recreo que como de peligro, y despues de haber tocado en Brest, tomaron rumbo para la Coruña, donde arribaron el 25 de julio (1386). Apresaron allí algunas naves castellanas, y aun hubieran tomado la poblacion sin la vigorosa defensa de un caballero de Galicia llamado don Fernando Pérez de Andrade, que se hallaba allí muy bien apercebido y con buena compañía. Menos fuerte y menos defendida la ciudad de Santiago, cayó en poder de los ingleses, y no faltaron caballeros de la tierra que se fuesen con el de Lancaster.

En abril de aquel año habia publicado Ricardo de Inglaterra una bula de Urbano VI. en favor de «Juan

(1) Por los documentos de la Wesminster, se ve que hacia tiempo que el duque de Lancaster tenian resuelto venir á España con su esposa doña Constanza.